

**JUNTAS DE GOBERNADORES•REUNIONES ANUALES DE 1999•WASHINGTON, D.C.**

**GRUPO DEL BANCO MUNDIAL**

BANCO INTERNACIONAL DE RECONSTRUCCION Y FOMENTO

CORPORACION FINANCIERA INTERNACIONAL

ASOCIACION INTERNACIONAL DE FOMENTO

CENTRO INTERNACIONAL DE ARREGLO DE DIFERENCIAS RELATIVAS A INVERSIONES

ORGANISMO MULTILATERAL DE GARANTIA DE INVERSIONES

**FONDO MONETARIO INTERNACIONAL**

**J**

Comunicado de prensa No. 6 (S)

28-30 de septiembre de 1999

Discurso del Sr. **WILLIAM J. CLINTON**,  
Presidente de **ESTADOS UNIDOS**, en las Reuniones Anuales de las Juntas de Gobernadores  
del Grupo del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional,  
en las deliberaciones anuales conjuntas

**Discurso del Sr. William J. Clinton,  
Presidente de Estados Unidos, en las Reuniones Anuales de las Juntas de  
Gobernadores del Grupo del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional,  
en las deliberaciones anuales conjuntas**

Muchas gracias, señores Summers, Wolfensohn, Acharya, Camdessus, Fall y Anjaria.

Quisiera empezar expresando mi reconocimiento por poder estar aquí con todos ustedes. Agradezco las generosas palabras del señor Summers. Algunos de ustedes tal vez me hayan escuchado decir esto antes, pero la presentación de mi Secretario del Tesoro confirma claramente una de las leyes inamovibles de mi vida política: siempre que sea posible, haz que te presente alguien que tú mismo has designado para un alto cargo. En este caso, es mucho más fácil, pues él ha hecho una excelente labor, y se lo agradezco.

Como todos ustedes saben, hace un año nos encontrábamos en plena crisis, quizá la crisis financiera más grave de toda la economía desde el final de la segunda guerra mundial –un difícil desafío para el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Gracias a la ardua labor que ustedes y sus países han realizado, unas economías en claro retroceso han comenzado a recuperarse.

También nosotros hemos trabajado denodadamente, como el Secretario del Tesoro ha señalado, para evitar que estas crisis se repitan de nuevo, para responder con mayor rapidez y eficacia, para reducir sus dolorosos efectos en toda la sociedad. Hemos intensificado nuestros esfuerzos por construir una arquitectura financiera mundial que sea estable y sólida en el nuevo contexto de la economía.

No obstante, quienes sufrieron los efectos de la crisis resultaron muy perjudicados. Muchos están todavía tambaleándose. Muchos perdieron sus empleos, sus negocios y sus ilusiones. Pero no podemos dormirmos en los laureles: debemos considerar ese desafío como una tarea perpetua. Hemos de seguir trabajando por restablecer la fe en el futuro y, también, la fe en la economía y en los mercados mundiales. Por ello, tenemos que seguir haciendo lo posible por reformar los cimientos financieros mundiales sobre los que se levantará el futuro.

Al acercarnos al siglo XXI debemos formularnos también estas preguntas: ¿Basta con resolver los problemas del mercado tal como lo conocemos? ¿Debemos aceptar el hecho de que, en un momento en que la población de los Estados Unidos está disfrutando quizá de la economía más sólida de su historia, 1.300 millones de seres humanos sobrevivan con menos un dólar diario? ¿Debemos aceptar el hecho de que casi 40 millones de personas, casi tantas como las víctimas de la segunda guerra mundial, mueran de hambre cada año –después de la Revolución Verde, cuando muchos países producen muchos más alimentos que los que pueden admitir sus mercados internos, con el resultado de que la agricultura y la alimentación se han convertido en causas de conflicto y rivalidad entre países que desean dominar el mercado?

¿Se supone que debemos aceptar el hecho de que, aun cuando la tecnología haya cambiado la ecuación del papel de la energía en la producción de la riqueza, aun cuando la tecnología haya transformado las distancias temporales y espaciales necesarias para establecer intercambios que faciliten el aprendizaje, los negocios y la educación, algunas personas y naciones deban quedar rezagadas para siempre?

Espero que nadie se resigne a ello. Espero que comencemos el nuevo milenio con una nueva decisión: dar a todas las personas del mundo –a través del mercado y de la tecnología, de las inversiones en educación y atención de salud– la oportunidad de formar parte de una prosperidad ampliamente compartida, en que todos puedan hacer realidad sus posibilidades. Este es el desafío del segundo medio siglo de vida del Fondo y del Banco. Para mí, constituye una prioridad personal de primer orden.

El libre comercio ha mejorado ya las perspectivas de centenares de millones de personas, pues les ha permitido ofrecer el fruto de su esfuerzo y creatividad más allá de sus fronteras. De esta manera, tanto el Fondo como el Banco han contribuido en forma decisiva a la prosperidad de un número más elevado de naciones. Necesitamos que ustedes colaboren con la OMC en la creación de un marco basado en normas para el comercio mundial. Necesitamos que ustedes ayuden a los países en desarrollo a ofrecer educación y capacitación para elevar los salarios y establecer sistemas de protección social que amortigüen los difíciles procesos de transición.

Celebro el firme compromiso que ustedes han demostrado en estas reuniones por ofrecer manifestaciones concretas de ayuda. Todos debemos esforzarnos por mantener abiertas las economías sobre las que podemos ejercer nuestra influencia, por impulsar el crecimiento del comercio, tanto en los países en desarrollo como en los industriales.

Dentro de dos meses, quiero inaugurar en Seattle un nuevo tipo de ronda comercial, con ocasión de la reunión ministerial de la OMC. Quiero que ésta sea una ronda sobre el empleo y el desarrollo. Quiero que mejore las condiciones de trabajo para todos. Quiero que promueva nuestro objetivo común del desarrollo sostenible. Eliminando los obstáculos al comercio, estableciendo condiciones iguales para todos, ofreceremos a más trabajadores y agricultores de esos países que luchan por abrirse paso hacia el futuro –y también de las naciones industriales– más oportunidades de producir para el mercado mundial.

Espero que, en Seattle, nos comprometamos a mantener el ciberespacio libre de trabas, para ayudar a los países a usar más y mejor la tecnología –sea la biotecnología o la Internet. Espero que nos comprometamos a abrir los mercados de productos agrícolas, y de productos y servicios industriales, creando nuevas actividades para el crecimiento y el desarrollo.

Espero también que nos esforcemos por progresar en la admisión de los 38 países en desarrollo que han solicitado su ingreso en la OMC. Y espero que continuemos esforzándonos por ofrecer a los países menos adelantados mayor acceso a los mercados

mundiales. Aquí, en los Estados Unidos, estoy trabajando con ahínco para convencer al Congreso de que apruebe este año mis propuestas en relación con el comercio de África y la Cuenca del Caribe.

Pero la riqueza de las naciones no depende sólo del comercio. Depende también de la salud de las naciones. La semana pasada, en las Naciones Unidas, me comprometí en nombre de los Estados Unidos a acelerar la preparación y distribución de vacunas para el SIDA, la tuberculosis, la malaria y otras enfermedades que castigan de manera desproporcionada a los ciudadanos pobres del mundo en desarrollo.

Al mismo tiempo, debemos ayudar a esas naciones a evitar la contaminación y los daños para la salud asociados a la era industrial –utilizar tecnologías no contaminantes que no sólo mejoren el medio ambiente sino que permitan el crecimiento de la economía. Instituciones como el Banco Mundial desempeñan en este sentido un papel singular. Su estrategia sobre la energía es un excelente punto de partida y deseo manifestar mi agradecimiento al respecto. Insto al Banco a que continúe fijando objetivos ambiciosos de financiamiento con el fin de promover la energía no contaminante. Para conseguir una economía moderna y floreciente, ya no es necesario mantener las pautas de consumo de energía propias de la era industrial. Es más, esas economías crecerán con mayor rapidez si utilizan estrategias de desarrollo más sostenibles.

Algunos de los aquí presentes –sólo una minoría– asienten con la cabeza mientras digo esto. Si están convencidos de ello, debemos colaborar para conseguirlo. Estos esfuerzos deben formar parte de un planteamiento más amplio que garantice la integridad y la apertura de las economías emergentes. El pasado sábado, los ministros de hacienda del Grupo de los Siete esbozaron salvaguardias específicas para Rusia y pidieron un examen a fondo por parte del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional para comprobar que los fondos se utilizan adecuadamente en situaciones de alto riesgo. Los Estados Unidos continuarán insistiendo en esta necesidad de rendición de cuentas.

No obstante, muchos países en desarrollo se encuentran con un obstáculo todavía mayor. Para muchos de ellos, una deuda excesiva y totalmente insostenible puede impedir el progreso, frenar el crecimiento, agotar los recursos necesarios para conseguir unas condiciones humanas mínimamente aceptables, como agua potable, vivienda, atención de salud y educación. La deuda y el alivio de la deuda son normalmente temas reservados a los economistas. Pero son una realidad que no tienen nada de académico. Dicho en pocas palabras, una deuda insostenible está ayudando a mantener en la pobreza a demasiados países pobres y personas necesitadas. Esa es sin duda la razón por la que el Papa y tantos otros líderes mundiales, de toda procedencia, nos han pedido que, como regalo al nuevo milenio, pongamos más de nuestra parte para reducir la deuda de los países más pobres – no sólo por ellos, sino también por el resto de todos nosotros.

Personalmente, creo que no es posible aceptar la idea de que esas naciones, con una pobreza tan terrible, deban permanecer siempre así. No creo que podamos, en conciencia, decir que respaldamos la idea de que deben elegir entre pagar los intereses de su deuda o

invertir en la educación de sus hijos. Un imperativo económico y moral nos exige aprovechar este momento de consenso mundial para conseguir algo mejor. Haré todo lo posible por fomentar esa tendencia. Todo país empeñado en reformar su economía, en vacunar y educar a sus hijos debe ser capaz de hacer compromisos semejantes y mantenerlos.

En junio, en la cumbre del Grupo de los Siete en Colonia, las naciones más ricas del mundo contrajeron el compromiso histórico de ayudar a las naciones en desarrollo. El programa de alivio de la deuda que adoptamos es un gran paso en la dirección justa, que ofrece alivio de la deuda más rápido y completo a los países que se decidan a introducir reformas fundamentales. Esta iniciativa trata de vincular el alivio de la deuda a la reducción de la pobreza y de garantizar que los ahorros se gasten donde corresponde —en educación, en combatir y prevenir el SIDA, en otras necesidades críticas. Ayudará a los países pobres muy endeudados a autoayudarse y contribuirá a establecer un marco en apoyo de esfuerzos semejantes e importantes del Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y las instituciones financieras internacionales.

Más de 430 millones de personas podrían beneficiarse de esta iniciativa. En Bolivia, por ejemplo, el alivio de la deuda podría ayudar al gobierno a multiplicar casi por dos el acceso al agua potable no más tarde del año 2004. En Uganda, podría permitir que el gasto en salud y educación aumente un 50% entre 1998 y el año 2001; los gastos en desarrollo rural se duplicarían con creces. Esa es la razón por la que todos debemos contribuir con nuestra parte de financiamiento al alivio de la deuda mundial.

La semana pasada, para hacer realidad el compromiso contraído por los Estados Unidos, enmendé mi propuesta presupuestaria al Congreso y solicité con ese fin casi US\$1.000 millones, distribuidos en cuatro años. Debemos mantener un volumen suficiente de asistencia financiera a los países en desarrollo, sobre todo a través de la Asociación Internacional de Fomento. Me siento alentado por los compromisos financieros realizados esta última semana por algunos otros países donantes.

Hago también un llamamiento a nuestro Congreso para que responda a la urgencia moral y económica de este problema, para que Estados Unidos cumpla con su parte. He pedido los fondos pertinentes y explicado cómo se pagarían, y pido al Congreso que permita que nuestro país siga cargando con una parte equitativa de esa responsabilidad.

Permítanme formular un último compromiso. Hoy voy a dar instrucciones a mi gobierno para que haga lo posible para condonar el 100% de la deuda que esos países deben a los Estados Unidos cuando —y esto es muy importante—, cuando sea necesario para ayudarles a financiar necesidades humanas básicas, y cuando los fondos se utilicen con ese fin. En este contexto, trabajaré en estrecho contacto con otros países para lograr los máximos beneficios de la iniciativa para la reducción de la deuda.

Creemos que los acuerdos alcanzados este fin de semana harán posible que tres cuartas partes de los países pobres muy endeudados, empeñados en aplicar estrategias contra la

pobreza y en favor del crecimiento, comiencen a percibir los beneficios ya en el año próximo –comiencen de verdad a percibir los beneficios ya en el año próximo.

Si las naciones, las instituciones internacionales, la comunidad mundial hacemos todo esto, podremos edificar un sistema de comercio que refuerce nuestra economía y confirme nuestros valores. Podemos construir una economía mundial y una sociedad mundial que no olvide a nadie, que lleve a todos los países al nuevo siglo que –esa es nuestra esperanza– se caracterizará por una mayor paz y prosperidad para todos.

Tenemos ante nosotros una oportunidad como quizá no se haya presentado nunca en el pasado. Cuando nuestros hijos y nietos nos juzguen, lo que tendrán en cuenta es si hemos aprovechado esa oportunidad. Espero, estoy convencido, de que así lo haremos.

Muchas gracias.